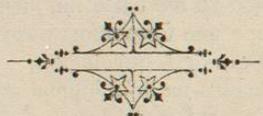


donde, como he dicho, se hallaban el General Zuloaga y D. Luis Osollo, y pidió permiso para perseguirle y hacerle prisionero.”

“Miramón ignoraba que se le había dado licencia para salir de la ciudad.”

“Zuloaga y Osollo habían alcanzado pruebas de *alta deferencia de Comonfort*, y trataron de corresponder á ellas dignamente.” “Miramón insistió en marchar en alcance del vencido Presidente; y entonces Osollo, que era su amigo íntimo, asiéndole del brazo, le dijo: quédate; te ruego que te quedes.” “Igual cosa le ordenó el General Zuloaga, y Miramón obsequió el deseo de ambos.”



## FUGA

De México á Veracruz.

1858.



---

✻ FUGA A VERACRUZ. ✻

---

**E**L General D. Manuel Robles Pezuela se había pronunciado en la Navidad del año de 1858, contra el Presidente reaccionario D. Félix Zuloaga.

Tan luego como fué secundado su plan en la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco, envió un Ayudante con orden de que fuéramos puestos inmediatamente en libertad el Coronel de Ingenieros D. Joaquín Colombres y yo.

En cuanto nos vimos libres, lo primero que nos ocurrió fué buscar al General para darle las gracias; pero no habiendo sido posible encontrarlo, nos pareció oportuno ver al Lic. D. Rafael Martínez de la Torre, amigo nuestro, y grande amigo y consejero del General Robles.

En la conferencia que tuvimos con él, le manifestamos nuestra gratitud porque el General se había acordado de nosotros, para mandarnos poner en libertad.

Martínez nos dijo que le constaba la estimación que el General tenía por nosotros, y que estaba dispuesto á satisfacer nuestras aspiraciones, cualesquiera que ellas fuesen. A esto le contestamos que tendríamos mucha honra en militar á las órdenes de un Jefe tan digno; pe-

ro que nuestro deseo sería, ya que se había pronunciado, que proclamase desde luego la Constitución de 57, dando así término á la guerra civil que nos assolaba.

Martínez contestó que tal cosa no era posible, porque el país la rechazaba, y que con los elementos que contaba la revolución, jamás podría triunfar.

Siendo nosotros de opinión contraria, terminó la entrevista; y nos despedimos, prometiéndole volverlo á ver.

Al General Robles, logramos verlo al fin en Palacio, pero rodeado de tanta gente, que no fué posible hablar con él más que unas cuantas palabras.

Decididos Colombres y yo á marchar á incorporarnos á las fuerzas liberales, y siendo muy difícil tener una entrevista con el señor Robles, para despedirnos de él, fuimos á ver al Lic. Martínez para que lo hiciera por nosotros.

Martínez trató de disuadirnos de nuestro intento, y viendo inquebrantable nuestra resolución, nos rogó que al menos permaneciéramos en México, siquiera hasta que la Junta de Notables declarase cuál debía de ser el Presidente.

Contestamos que permanecer en México era exponernos á ser aprehendidos nuevamente.

A esto nos manifestó que nada teníamos que temer de Robles, quien nos daba toda clase de garantías; pero yo, que había hablado con varios Jefes y Oficiales, y sabía que le habían escrito á Miramón que contase con ellos para lo que tuviese á bien disponer, contesté á Martínez que el mismo señor Robles necesitaría garantías para él dentro de algunos días.

Rafael Martínez se rió, lamentándose de nuestra obstinación, y nosotros nos despedimos, suplicándole dijese al General Robles que nos era muy sensible el partido que tomábamos, pero que no nos quedaba otro camino.

Terminado este deber de amistad y gratitud, ya no pensamos más que partir. Colombres resolvió marchar al interior, y yo á Veracruz.

Era indispensable aprovechar el momento de desorden en que el pronunciamiento había puesto á los reac-

cionarios, para poder escapar á su vigilancia, y por lo mismo, no había tiempo que perder.

Arregladas las cosas, nos reunimos varios, una tarde, á fines de Diciembre, en la casa de la señora Doña Genoveva Quintana Roo, que vivía en el callejón de Santa Inés.

Allí cambié mi uniforme por un traje de paisano á propósito para caminar, y en compañía del Lic. D. Ignacio Ramírez, salí en un simón para la Villa de Guadalupe. Otros grupos salieron después y al día siguiente, para no llamar la atención.

En Guadalupe, paramos en un mesón que está á la salida para San Cristóbal, y allí se fueron incorporando los demás.

En el mesón nos esperaba D. Adrián Colina, amigo del General Traconis, acompañado de un señor D. Encarnación, con los caballos necesarios.

Al caer la tarde montamos, y salimos también por grupos por el camino de San Cristóbal. Cuando la luz desaparecía, nos reunimos todos, y guiados por el señor Colina y por su compañero, atravesamos parte del Lago de Texcoco, cuya marcha en medio de las tinieblas, no dejaba de ofrecer sus peligros.

Como á las dos de la madrugada llegamos á Nometla, pueblo situado á la orilla del lago, y nos alojamos en la casa del referido Colina. En ella permanecemos ocultos dos días, en espera de Traconis y de otros que debían llegar.

Por fortuna encontramos allí una regular biblioteca que nos sirvió de gran consuelo en nuestra forzada reclusión.

Cuando se incorporaron los que faltaban, se arregló la salida para los días siguientes, la que se verificó en dos grupos.

Formaban el primero el Lic. Ramírez, el Lic. Anselmo Cano, el Teniente Coronel Reynoso, D. Encarnación, que era nuestro guía, y el suscrito.

El segundo grupo lo formaban el General Traconis,

el Coronel Daniel, su sobrino; un español amigo del General y D. Adrián Colina, que les servía de guía.

Salió el primer día el primer grupo, y caminó sin novedad, atravesando felizmente los llanos de Apam, merced á que las fuerzas del sanguinario Grijalva se hallaban en México, á consecuencia del pronunciamiento.

Pernoctamos en Ocoatepec, hacienda de la familia Quintana Roo, donde fuimos muy bien atendidos.

Al día siguiente caminamos á campo-atravesía por montes y cerros, hasta la hacienda de Huehuechoca, propiedad de D. José de la Luz Moreno. Allí nos esperaba un soldado de Carbajal, de grandes barbas, enorme sombrero, armado de lanza, sable, carabina y pistola, el cual nos debía de servir de guía hasta Zacatlán.

Muy temprano á la mañana siguiente, montamos á caballo, y por veredas, emprendimos el camino de Zacatlán.

Sería la una del día cuando atravesando un bosque, vimos venir hacia nosotros un grupo de hombres á caballo, que corría á todo galope. Pasaron junto á nosotros sin saludarnos, pero sí fijándose mucho en los caballos, para cerciorarse sin duda de si llevábamos armas.

Cuando nos hubieron pasado, se internaron en el bosque, y dando un rodeo, aparecieron á poco rato al pie de una cuesta que nosotros bajábamos, y sacaron carabinas de un almenar de rastrojo que allí había.

Marchaban á vanguardia el Lic. Cano, Reynoso, D. Encarnación y el soldado de Carbajal. A unos doscientos metros seguíamos entretenidos en la conversación el Lic. Ramírez y yo.

El grupo de hombres sospechosos rodearon á los que iban con Cano, apuntándoles con las carabinas, lo que visto por el Lic. Ramírez, me dijo que sería conveniente retroceder; pero yo, que creí que aquellos eran ladrones, le dije que aquella gente se contentaría con lo poco que llevábamos, y nos dejaría seguir adelante, que era lo que interesaba.

El Licenciado no fué de mi parecer, y volviendo grupas echó á correr; yo seguí bajando la cuesta, y en cuan-

to llegué al lugar de los sucesos, noté con sorpresa que los que yo creía simplemente ladrones eran reaccionarios.

Vitoreaban á la Religión y llenaban de denuestos á los herejes puros, á quienes habían de acabar.

El soldado de Carbajal fué entregando las armas una á una; y como los demás íbamos desarmados, aquellos furibundos religiosos quedaron dueños de la situación y disponiéndose caritativamente, por prestarle á Dios un buen servicio, á ahorcar de un árbol al soldado de Carbajal.

En cuanto á nosotros, como no nos conocían, resolvieron llevarnos á Tulancingo, para que allí acreditáramos nuestra honradez, por cuanto que hallándonos en tan mala compañía y camino de Zacatlán, les éramos altamente sospechosos.

Aquellos entusiastas defensores de Cristo eran de Chignahuapam, población que durante la lucha de la Reforma se distinguió por su constancia en los principios conservadores y por su odio feroz á los liberales.

En Tulancingo se hallaban con el mando militar el General D. Ignacio Gutiérrez y el Coronel Dara y Argüelles, que se hicieron célebres por la crueldad con que sacrificaban á los liberales.

Y como cuando pasaban estos acontecimientos no se daba cuartel á los prisioneros, era muy probable que siendo muy conocidos de aquellos Jefes, á las pocas horas de llegar á Tulancingo seríamos pasados por las armas.

Como se vé, no estábamos en un lecho de rosas; y nuestros aprehensores no querían convencerse de nuestras intenciones pacíficas, ni de nuestros propósitos comerciales.

El ir acompañados con un carbajaleño y rumbo á Zacatlán, eran á la vista de aquellos hombres pruebas suficientes de nuestra culpabilidad.

La situación era apremiante, y urgía en primer lugar salvar al desgraciado carbajaleño, que ya se veía con el dogal al cuello.

El Lic. Cano, para probar que no era hereje, ni lo había sido jamás, peroraba con la mayor elocuencia, excitando á aquellos furiosos á imitar la mansedumbre de Jesucristo, que siempre perdonó á sus enemigos, y que nos manda perdonar á los nuestros, si queremos ser perdonados por su Padre que está en los cielos.

Apoyaba su peroración en textos del Evangelio, y aún introducía, de vez en cuando, alguna sentencia en latín.

Después de larga porfía, los de Chignahuapam convinieron en no ahorcar al carbajaleño, puesto que lo ahorcarían en Tulancingo.

En cuanto á nosotros, resolvieron llevarnos á Tulancingo, donde depuraríamos nuestra conducta; y sin más discusión, nos encaminaron por veredas á través del bosque.

En tan crítica situación, yo no cesaba de meditar en el modo de salir de ella, y fingiéndome colegial, no acostumbrado á pasar trabajos, me lamentaba del estado de debilidad en que me hallaba, y suplicaba á aquellos hombres que se detuviesen un momento para que almorzáramos de lo que al efecto llevábamos preparado; pero ellos obstinadamente se negaban, hasta que á causa de mis instancias, me ofrecieron que en un rancho que se hallaba inmediato nos detendríamos á almorzar.

Con efecto, cuando hubimos salido del bosque, distinguimos un rancho sobre una pequeña loma, desde donde podía observarse á larga distancia por todos rumbos. A él nos dirigimos encontrándolo completamente deshabitado; y bajando de los caballos, sacamos nuestras provisiones y nos dispusimos á almorzar; pero no sin invitar cortesmente á nuestros aprehensores, que no se hicieron de rogar. Nosotros fingíamos comer y dejábamos que ellos lo hicieran de veras.

Con los manjares, con el vino, y después con el café y el catalán, comenzaron á humanizarse aquellos furiosos, lo que visto por nosotros, aprovechamos la ocasión para meterles en la mano con disimulo algunos pesos, con lo cual acabaron de calmarse y nos ofrecieron que

no nos llevarían á Tulancingo, sino á Huehuechoca, para que al día siguiente regresáramos á México; porque de ninguna manera nos consentirían ir á Zacatlán.

Tuvimos que conformarnos con aquella decisión, y emprendimos la marcha; pero ya no custodiados como antes, sino en grupos, platicando como buenos amigos.

Don Encarnación y yo nos fuimos quedando atrás intencionalmente; y cuando los accidentes del terreno nos ocultaron, propuse á D. Encarnación la fuga.

El tenía sus escrúpulos de dejar á los demás compañeros comprometidos; á lo que le observé que con perdersenos nosotros no se habían de salvar ellos. Además, que Cano, en su calidad de paisano, no corría el riesgo que yo.

Entonces me dijo que le iría á avisar á Cano, de lo que lo disuadí, haciéndole ver lo importuno de semejante paso. Por último, me manifestó sus temores de que nos persiguieran y alcanzaran, por no conocer nosotros las veredas por donde nos habían llevado al rancho. Yo lo alenté manifestándole que ya nos llevaban buena distancia, y cuando notaran nuestra falta, ya llevaríamos larga distancia recorrida; que habiendo dejado un hombre en el rancho, de él conseguiríamos que nos enseñase las veredas, en cuyo caso ya no sería posible que nos dieran alcance.

Por fin, decidido D. Encarnación, volvimos grupas, y poniendo nuestros caballos al galope, para no fatigarlos, tomamos la dirección del rancho.

Con gran sorpresa nuestra, ya lo encontramos habitado. Me dirigí á unas mujeres, preguntándoles si no habían hallado una cartera con papeles interesantes que había perdido. Me respondieron que no, y llamaron al hombre que había quedado en el rancho, preguntándole si había hallado algo. El hombre contestó que no había visto otros papeles que los que presentaba (eran en los que iban envueltas las gallinas).

Entonces le dije que sin duda la cartera la había perdido en la vereda del bosque por donde habíamos venido, y le propuse que nos guiara y le gratificaría.

El hombre se negó con evasivas; pero habiéndole ofrecido un peso, una mujer lo alentó, para que nos guiase. Puestos en marcha, atravesamos el bosque, aparentando buscar alguna cosa, hasta que salimos al camino real, al mismo sitio donde fuimos capturados.

Despedí al hombre dándole su gratificación; y tomando el galope vivo, seguimos el camino de Zacatlán, llenos de temor, porque á la sazón pasábamos por términos de Chignahuapam. Así corrimos toda la tarde, hasta que al anochecer distinguimos las torres de Zacatlán.

Al gozo que esto produjo en nosotros, sucedió un sentimiento de desconfianza. ¿Quién ocuparía á Zacatlán? ¿No podía ser que el enemigo lo hubiese ocupado en aquellos días? ¿Y en tal caso, no sería una fatalidad que nos fuésemos á entregar?

En consecuencia, nos propusimos obrar con cautela. Pusimos al paso nuestros caballos, y esperamos poder interrogar con maña á alguno que encontráramos.

Bajando una cuesta, ya para llegar á la población, encontramos á un niño como de trece años, que montado en un potro arreaba una partida de carneros.

Después de mil rodeos y mil preámbulos, supimos que el niño era sobrino de un D. Dimas López, que mandaba la caballería, y que el Jefe Político era D. Juan N. Méndez. Es decir que la población estaba ocupada por los liberales.

Con estas noticias, renació en nosotros la confianza, y entramos á Zacatlán dando gracias á Dios de haber escapado de un gran peligro.

Desde luego nos dirigimos á casa del Jefe Político, á quien impusimos de todo lo que había ocurrido, manifestándole la necesidad que había de auxiliar á los prisioneros, asegurar el camino para proteger al día siguiente la llegada del General Traconis, y enviar un hombre á Huehuechoca, que caminase toda la noche, para avisar al Lic. Ramírez que podía seguir su camino.

Todo se hizo al pie de la letra. Una partida de caballería salió á custodiar el camino y un hombre á pie con

orden de caminar toda la noche, fué enviado en busca de los prisioneros y del Lic. Ramírez.

Después el señor Méndez nos ofreció chocolate, que aceptamos con gusto, pues no habíamos comido en todo el día, y bebimos el agua más sabrosa que yo he tomado en toda mi vida.

D. Juan Méndez nos proporcionó alojamiento, y aquella noche descansamos tranquilamente de nuestras fatigas.

Al día siguiente fueron llegando el Lic. Cano, el Teniente Coronel Reynoso y el carbajaleño. Los de Chignahuapam, en cuanto notaron la fuga de D. Encarnación y la mía, se pusieron furiosos; pero acabaron por calmarse, poniendo en libertad á los prisioneros y marchándose en seguida.

A ruegos de Cano y de Reynoso, pusieron también libre al carbajaleño; pero despojándolo de su buen caballo, de su sombrero galoneado, de su silla plateada, de sus armas y de parte de la ropa. Montado en un ruin caballejo, y con un sombrero de *petate*, se nos presentó aquel valiente.

El emisario había encontrado á Cano y á los demás, la noche anterior, en un rancho, ya libres.

Al Lic. Ramírez lo encontró en Huehuechoca, la mañana siguiente, montando á caballo para regresar á México.

Al ver mi carta cambió de parecer, y emprendió de nuevo el viaje para Zacatlán, á donde llegó en la tarde de aquel día.

También llegó el General Traconis con los que lo acompañaban.

Al otro día supimos que la Junta de Notables reunida en México, desairando á Robles, había nombrado Presidente á Miramón, y pudimos felicitarnos de la cordura con que habíamos obrado fugándonos de México.

Después de tres días de permanecer en Zacatlán, salimos con rumbo á San Francisco Yxtacamaxtitlán, escoltados por unos quince lanceros que nos facilitó D. Juan N. Méndez.